



La espada_{de} Bolívar

El **M-19** narrado por José Yamel Riaño
en conversación con Jaime Jaramillo Panesso

ITM

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

LA ESPADA DE BOLÍVAR

El M-19 narrado por JOSÉ YAMEL RIAÑO
en conversación con Jaime Jaramillo Panesso



Colección *Deliberare*
Fondo Editorial ITM

LA ESPADA DE BOLIVAR
El M-19 narrado por José Yamel Riaño
en conversación con Jaime Jaramillo Panesso

1a. Edición: junio de 2006
© Instituto Tecnológico Metropolitano
© Jaime Jaramillo Panesso

ISBN: 958-97823-0-2
Hechos todos los depósitos que exige la ley

Rector Instituto Tecnológico Metropolitano
JOSÉ MARCELO SÁNCHEZ CASTAÑEDA

Editor de la Colección y corrector de estilo
JAIRO OSORIO GÓMEZ

Fotografías y documentos
Archivo ARJAI D ARTUNDUAGA / M-19

Diagramación y revisión de textos
LUCÍA INÉS VALENCIA

Hecho en
L. VIECO E HIJAS LTDA.
Medellín - Colombia

Instituto Tecnológico Metropolitano
Calle 73 No. 76A-354 (vía al Volador)
Medellín-Colombia
www.itm.edu.co

En lo organizativo resultaba terrible “el profeta de la paz” cuando sentenciaba que la organización no era otra cosa que un instrumento de la política, para la política y por la política; que para lo único que servía era para hacer política o hacer la guerra. También resultaba terrible cuando se le interrogaba sobre las exigencias y requerimientos que debería cumplir una persona para pertenecer al “eme”; respondía que la principal y casi única era que se doliera por los niños de la calle o por las necesidades de la gente.

El relato pretende introducir todo su pensamiento, vivido y respaldado con hechos, que son el mejor lenguaje de la organización. El “eme” fue siempre grande mientras vivió Jaime. La historia de la organización no es pasado; es presente vivo porque se resiste a morir. Los jóvenes de hoy no la conocen; por eso éste es un buen argumento para llevar a cabo el ejercicio de relatarla, aunque sea parcialmente. Sólo relato lo vivido. Si cumple el propósito, si usted, amigo lector, puede decir mañana que la lectura lo ubicó en el tiempo y en el espacio respecto del M-19, entonces, el objetivo está cumplido.

Finalmente, mi reconocimiento y profunda gratitud a Jaime Jaramillo Panesso, dueño de la iniciativa, el esfuerzo, la disciplina y su tesón. A Arjaid Artunduaga, al Instituto Tecnológico Metropolitano de Medellín, al personal que intervino para que esta realidad fuera posible. Sólo puedo una mención a todos los anónimos, a los que nos acompañan, y también a quienes hoy no nos acompañan, porque entregaron su vida por y para el pueblo. Para ellos va la promesa de que permanecerán en nuestros corazones como patria. Obvio, para los que hacen parte fundida en mí: mis hijos José Alcibiades, Camilo Yamel, Manuel Jaime, David Alejandro y Laura Vanesa; y a sus mamás: Helena, Stella y Nubia.

JOSÉ YAMEL RIAÑO

Un testimonio ponderado

Hace más de tres décadas el General en retiro Gustavo Rojas Pinilla dirigió un amplio movimiento de masas en Colombia. Para la época, Rojas ya había sido Presidente de la República en 1953 mediante un incruento golpe de Estado, realizado con el apoyo mayoritario de las organizaciones políticas de entonces, hasta el punto de calificarse este rompimiento constitucional como “un golpe de opinión”.

Fue un momento crucial en la historia del país, derivado de una larga lucha armada entre facciones liberales y conservadoras, donde los gobiernos pusieron todo el empeño en eliminar a sus contrarios. A esa época se le denominó “La violencia”, y para cortar su desarrollo macabro se apeló al mandato de Rojas Pinilla. A fuer que lo logró por un tiempo, aplicando la amnistía a las guerrillas liberales y abriendo espacios de reconciliación entre los colombianos. Pero su intención de prolongar un gobierno de las Fuerzas Armadas lo condujo a una salida del poder Ejecutivo el 10 de mayo de 1957, también por una sustitución forzada, con el paro nacional organizado por la

población civil, y luego a un exilio que se prolongó hasta finales de los años sesenta.

Rojas regresó al país y a la vida política activa tiempo después. Creó la Alianza Nacional Popular, ANAPO, desarrolló una política de oposición con banderas populistas y perdió las elecciones presidenciales el 19 de abril de 1970. Para muchos de los colombianos fue un fraude. Lo cierto es que un grupo de guerrilleros jóvenes se retiraron de las FARC y emprendieron el camino de apoderarse del descontento popular anapista; iniciaron una rectificación táctica y conceptual que encajó dentro de la situación política, combinando ideas nacionalistas y socialistas, ajenas a la que fuera su formación original marxista. Con ellos, y con el apoyo de algunos dirigentes de la ANAPO, nació el Movimiento 19 de Abril, M-19.

El Instituto Tecnológico Metropolitano –ITM reúne en este libro el testimonio vivo de uno de los fundadores del “eme”, José Yamel Riaño, dirigente activo y parte de la entraña cupular del Movimiento, conmilitón y amigo de Jaime Bateman, responsable de las tareas financieras y suministro de armas para la organización. La entrevista realizada en largas jornadas por el investigador Jaime Jaramillo Panesso, permitirá a los lectores obtener conocimiento del proyecto político y guerrillero del M-19, sus diferentes etapas, sus relaciones con otras fuerzas, sus errores y sacrificios, sus metas de violencia revolucionaria, el decantamiento de las tesis que condujeron a sus líderes a firmar un acuerdo de paz con el gobierno colombiano y a participar en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

Con este volumen el ITM configura una trilogía de la mayor utilidad política, militar, sociológica e histórica, al entregar, en un período de tres años, los testimonios privilegiados de Felipe Torres, quien describió y evaluó al Ejército de Libera-

ción Nacional –ELN, en el libro *FELIPE TORRES / La palabra sin rejas* (2004); de Mario Agudelo, con la historia y la política revolucionaria del Ejército Popular de Liberación – EPL (*Qué pasa en Cuba que Fidel no se afeita / De las armas a la esperanza* 2005), y la presente publicación, en la voz de José Yamel Riaño y su vivencia en el M-19: *La espada de Bolívar*. Todos los libros bajo la estructura orientadora del abogado, profesor y miembro de la Comisión de Reconciliación Nacional, Jaime Jaramillo Panesso.

El propósito de la serie *Deliberare* del Fondo Editorial ITM con estas investigaciones periodísticas no es otro que facilitar a los lectores y estudiosos de la historia nacional elementos de juicio desconocidos en nuestro desarrollo como nación, para comprender mejor las coyunturas políticas y el devenir de las relaciones entre las distintas fuerzas sociales que configuran el mapa actual de Colombia.

Por vocación, pero también por compromiso con una sociedad informada y crítica, el ITM como institución universitaria adscrita a la Alcaldía de Medellín, aborda la tarea de recuperación de las memorias más útiles de las luchas libertarias que, aunque llena de ideales nobles, devinieron en atroces batallas fratricidas. Con los recuerdos ponderados, esperamos ayudar al debate por la reconciliación y convivencia nacionales.

La espada de Bolívar –la gesta del grupo más *sui generis* de la perpetua revolución colombiana– urde de nuevo los distintos enfoques de quienes, a su manera, han querido interpretar el pensamiento bolivariano, para fines reformistas unos, violentos otros, humanistas los demás.

JOSÉ MARDUK SÁNCHEZ CASTAÑEDA
Rector

FAMILIA, NIÑEZ Y JUVENTUD.
PRIMEROS CONTACTOS REVOLUCIONARIOS

¿Cuéntenos sobre su lugar de origen, su vida durante la niñez, sus relaciones familiares; hasta cuándo permanece en el lugar donde usted nace y se desarrolla en sus primeros años?

Yo soy modelo 43, producto de una familia campesina que se desplaza del Tolima hacia Girardot, Cundinamarca, y allí nació. Mi madre y mis tíos, sus hermanos, venían de Venadillo, Tolima, desplazados por la violencia. No tuve padre. Yo conocí a mi papá, pero él no se hizo responsable de nosotros y le tocó a mi madre trabajar en lo que ella sabía hacer, que era escoger café. Mi papá había sido gerente de la Jipsom, una trilladora de café muy famosa en la región. Ella era una escogedora, una mujer de fisonomía indígena, y entró a trabajar como escogedora, y mi papá, que era el gerente seguramente, la hizo su amante, su mujer. De esa relación nacimos cinco muchachos, de los cuales yo soy el menor de los hombres; hubo tres hombres más y sólo una mujer al final. Yo nací en Girardot, y entiendo que en ese tiempo mi mamá se desplazó a Girardot

con mis tíos, pero mi papá, al terminar la guerra, la segunda guerra mundial, se fue a Francia. Él era francés de nacimiento, era parisino. Había sido parte del ejército francés en la primera guerra mundial. Se fue a ver qué quedaba de su familia después de la segunda guerra mundial.

Con el tiempo apareció y vivió en Flandes, un pueblo situado al frente de Girardot, del otro lado del río Magdalena, en el Tolima, también. Allí se puso a dictar clases de francés en un colegio que, posteriormente, a su muerte, me reconoció como el hijo de monsieur Aguer, y me patrocinó el estudio. A mi mamá le tocó el peso de la casa escogiendo café en la trilladora Tolima, de Girardot, y de escoger café pasó a ser cocinera de pensión. Nos tocó realmente muy duro.

Mi hermano mayor, Andrés, trabajó un tiempo con mi papá en un inquilinato que él tenía en Flandes, y en una tienda, con lo cual ayudaba un poco a la casa. Yo crecí, entonces, en el puerto fluvial de Girardot, al que todavía en aquella época, subían barcos a cargar y llevar café para el exterior. Subían hasta el puerto de Girardot. Eran como remolques. Barcos muy pocos, pero planchones sí. Yo viví muy cerca del río. Entonces fui un muchacho que crecí en el río, yo nadaba y cruzaba el río Magdalena, jugando dos o tres veces al día sin ningún problema. Capaba el estudio en la escuela para ir a bañarme al río, y me volví un experto nadador. Me tocaba andar descalzo, no teníamos zapatos. Para ir a estudiar tenía que atravesar todo Girardot, que en aquel entonces ya era un pueblo grande, creo que podía haber de caminata unos cuarenta minutos desde la casa hasta la escuela. Íbamos en fila, descalzos casi todos los muchachos, con pantalones cortos asistíamos a la escuela y jugábamos en la noche. Me tocaba ayudarle mucho a mi mamá en la casa, por eso aprendí a cocinar desde muy joven. Me metía con otros

muchachos, jugábamos juegos violentos, llegamos a hacer maldades, y en esas maldades llegamos a hacer pequeños robos de botellas... Éramos unos muchachos traviesos. Hasta que me tocó entrar a estudiar a una escuela que llamábamos "Complementaria", una parte del día en estudio académico y otra parte en talleres. Luego, me metí a ser sastre. Hice el proceso mental de que mi futuro iba a ser un sastre, y aprendí sastrería, aprendí a cortar y a hacer pantalones, a tal punto que cuando se me acabó el quinto, en Girardot no había un colegio que tuviera primero de bachillerato que fuera público; los que había eran privados. No tenía la posibilidad real de entrar a un colegio privado a pagar matrícula y pensiones. Entonces resolví repetir el quinto para terminar mi curso de sastrería, pero me di cuenta al poco tiempo, al mes o al mes y medio, que era una bobada realmente ponerme a repetir un curso que ya había hecho, y dije: "No, mejor yo trabajo". Y me puse a buscar trabajo, y llegué a donde un señor que tenía un almacén, a pedirle trabajo, y me dijo: "¿Usted por qué carga útiles de colegio?", y respondí: "Porque estoy estudiando". Y le eché el cuento y me preguntó quién era mi papá, y dijo: "¡Cómo así que usted es hijo de monsieur Aguer!, espere un momento". Y llamó al colegio donde mi papá había sido profesor. Me ofrecieron beca para estudiar bachillerato, de entrada me pagaron los útiles, la matrícula y la pensión, todo. Fue el primer roce que tuve con un sector que no fuera tan popular como en el que yo vivía. Y llegué a un colegio que era privado, un colegio donde los padres, que tenían allá a sus muchachos estudiando, pagaban 15 ó 30 pesos por la pensión, una suma que para mí, en mi casa, era imposible pensarla.

En ese tiempo era un sector de la clase media el que podía ir a ese colegio. Me impactó mucho porque yo sentía que estaba

como desacomodado, como que estaba en un sector que no me correspondía, y me volví muy juicioso, tanto que los muchachos que eran iguales de bandidos o peores que yo, se aprovecharon, me quitaron todos los útiles que llevaba nuevos, me pegaban y yo lloraba. Y un día dije: "Pero si es que éste no soy yo, es que yo sí sé hacer las cosas". Y entonces cambié exactamente al contrario: me volví el "duro" del curso y el "duro" del colegio y peleaba con profesores, con todos los muchachos, los desafiaba a cuchillo y perseguía a los profesores con cuchillo. Mejor dicho, no sastré sino desastre. Siempre con la claridad que tenía de aprender, por lo menos asistía a las clases, cumplía con mis tareas, los profesores decían "qué lástima que fuera tan rebelde", porque era un muchacho muy inteligente.

Efectivamente, entendía cosas que los demás muchachos no entendían. Así pasé los primeros años, hasta que el colegio se aburrió conmigo porque era insoportable. Un día me echaron, y entonces me tocó salir. Mi hermano, quien era el que veía por mí en ese tiempo, y mi mamá, me dijeron: "Pues le toca ponerse a trabajar". Y me puse a trabajar. Pero un día en mi pueblo vi un letrero, un cartel que ofrecía estudiar filosofía gratis, que podía dirigirse a una dirección equis, que yo enseguida ubiqué, por cierto muy cercana a donde estaba el letrero. "Filosofía", dije yo, "ésta es la madre de las ciencias, luego eso debe ser interesante". Y me fui, esperé a que fuera el día y la hora y me encontré con que un poco de muchachos, que yo conocía porque eran del colegio, se sorprendieron mucho cuando entré, y me preguntaron: "¿Usted qué viene a hacer aquí?". Y respondí: "Yo vine a estudiar filosofía porque me dijeron que esto era gratis, eso dice el letrero". Entré y de verdad estaban los muchachos de las juventudes comunistas enseñando filosofía marxista leninista. Me encontré con que esa filosofía negaba a Dios, ¡y con

quién se han visto! Yo peleaba con uñas, patas, con todo para defender la presencia y la esencia de Dios, y ellos a demostrarme que no. Me entusiasmé muchísimo con ese cuento.

¿Qué edad tenía en esa época?

Eso fue en los años 60, tenía diecisiete años. Había participado, por cierto, en el año 57 en el plebiscito¹. Me acuerdo que me ofrecí de “regalado” con un grupo político que no recuerdo cuál, pero estuve repartiendo chapolas y repartiendo votos –papeletas– por el sí plebiscitario de 1957. Fue mi primera experiencia política. Cuando llego a las Juventudes Comunistas, rápidamente me vuelvo un activista número uno, me ascienden a la dirección regional, me vuelvo el Secretario de Agitación y Propaganda del regional de Girardot, y ese activismo me llevó a cambiar totalmente mi vida, al punto que me vuelvo vendedor. Entro a Sears de Colombia, que había puesto un almacén en Girardot. Yo me presento, el gerente dice que tengo las mejores condiciones psicológicas para ser un vendedor, pero que en las pruebas aritméticas ni sumo ni resto bien. Entonces, me hace otra vez el examen y me nombra vendedor. Me vuelvo un fenómeno de las ventas, campeón nacional de la cadena Sears de Colombia, me gano un concurso nacional de ventas.

¹ El Plebiscito de 1957 buscó el restablecimiento del orden constitucional del país, con un gobierno de transición del mandato de facto de la presidencia del general Gustavo Rojas Pinilla, a un gobierno bipartidista. El plebiscito tuvo tres puntos fundamentales: primero, la destinación del 10% del presupuesto para la Educación; segundo, la paridad en los cargos públicos, para los partidos Conservador y Liberal; y tercero, la alternación bipartidista en la Presidencia de la República. Fue el origen del Frente Nacional, que gobernó al país hasta 1974. N. de E.

En la época había dos tipos de vendedores: unos que llamaban de “tiquete pequeño”, y otros que denominaban de “tiquete grande”. Había artículos que tenían etiqueta grande, y otros con etiqueta pequeña. De etiqueta grande eran los artículos grandes, y los de etiqueta pequeña eran los artículos pequeños. Entre todos hicimos un concurso, con los almacenes de Colombia, incluido Medellín, Cali, Bogotá, y gano el concurso del mejor vendedor, pues hago la mayor cantidad de ventas. Eso me puso en situación económica buena. Me acuerdo que me liquidaron comisiones en promedio de un sueldo de 4.500 pesos mensuales, cuando el salario mínimo era 350 pesos. Me ganaba más de doce salarios mínimos, y eso para un muchacho de diecisiete o dieciocho años era mucha plata. Me daba el lujo de decir: “No trabajo más porque me voy a poner en la actividad de la Juventud”. Y me hice activista de la Juventud, que además era clandestina. A mí me daba la impresión de que si sabían en el trabajo que yo era comunista, me botaban. Entonces, suspendía el trabajo por un tiempo, me retiraba para poder dedicarle todo el tiempo a las actividades conspirativas de la JUCO. Después era muy fácil, pero muy fácil, abrir la boca en Girardot para que me dieran un puesto de vendedor, porque tenía fama de ser muy bueno.

Empecé mi actividad política con mucho fervor, con mucho entusiasmo, con mucha dedicación. Como miembro de la Dirección Regional conocí personajes que venían de Bogotá a hacernos visita. Conocí a Hernando González, un joven de las Juventudes Comunistas, que se metió a las guerrillas del sur. En el ataque que se le hizo a Río Chiquito, él estaba sacando a unos periodistas franceses que vinieron a filmar la toma de Río Chiquito, y ahí murió. Conocí a Jaime Bateman, mi primer contacto con quien iba a definir mi vida por mucho tiempo, y co-

nocí a otros personajes de la vida política de las Juventudes y del Partido Comunista. Empecé a ir a algunos eventos nacionales en Bogotá, y llego a ser, en el juego político doméstico, miembro de la Junta de las Empresas Públicas Municipales de Girardot. En una determinación de los concejales amigos del Partido y los miembros del Partido que eran concejales municipales, me metieron en esa Junta donde había personajes como Antonio Ordóñez Ceballos, ex Contralor General de la Nación, precisamente el principal, de quien yo era su suplente. Pero él nunca iba porque era un personaje que vivía ocupado en cosas muy grandes. Entonces ocupé ese cargo de manera permanente. Eso me colocó un poco en el plano de la política. Desde ahí empecé a ser un hombre de la política.

Sin embargo, se produjo un hecho que vino a cambiar un poco mi percepción de la lucha política: la corrupción en el interior de las Juventudes Comunistas, del Partido, de la Unión de Mujeres Demócratas, en lo ético. Yo no comulgaba con eso, para mí el Partido era en el momento como una capilla, como la condición de la ética marxista leninista, que llamábamos. Para mí era inaceptable que un compañero tuviera relaciones sexuales con la compañera de otro compañero. Yo eso no lo aceptaba. Renuncié, luego, a las Juventudes Comunistas, me voy defraudado, pensando que eso era un engaño, que eso era igual a todo lo que conocía, y me salí de la militancia. Enseguida me conseguí una novia, me casé en 1966 con Helena Vargas, que era una persona como las "hijas de María", para decirlo de alguna manera, una muchacha que se confesaba y comulgaba todos los días. Su padre era un señor de mucho respeto en Girardot, pueblo muy Liberal. Él, sin embargo, era Conservador, enfermero, pero que hacía las veces de médico, y la gente lo quería mucho. Tenía una situación económica cómoda. Los

compañeros de las Juventudes Comunistas dijeron que yo me salí porque me volví burgués.

Me fui a Bogotá y me puse a trabajar con una persona que había sido concejal de Girardot por el MRL, muy reconocido posteriormente porque fue senador del Partido Comunista: “El Tuerto” Humberto Criales de la Rosa. Me metí en su oficina e hicimos un grupo de jóvenes, de gente muy relacionada con el Partido y con el MRL. Conocí personajes como Ernesto McAlister, quien era el jefe del MRL de la línea dura, que llamábamos. En esas actividades fui a un acto del Partido en uno de los teatros de Bogotá. Allí estaba, me acuerdo mucho, la mamá del padre Camilo Torres.

Entre las cosas que me tocó hacer como joven comunista de Girardot fue ser miembro del Comité Municipal del Frente Unido, que dirigió Camilo Torres y, por lo tanto, me tocó recibirlo, atenderlo, estar con él en la manifestación, decorar el estadio, participar en la pelea que tuvimos esa noche la gente de Camilo con la policía del pueblo. Él, por cierto, escribe uno de sus famosos manifiestos, que le da un nombre especial: “Cuarenta policías derrotan a 4.000 manifestantes”.

Esa noche, en Bogotá, conocí a la madre del padre Camilo Torres Restrepo, que por aquel entonces ya había muerto en combate, en las tierras de Santander, como miembro del ELN. Me impresionó mucho la viejita, pero además me encontré con un personaje que había sido compañero mío en las Juventudes Comunistas, y que yo sabía que estaba en la guerrilla. Entonces me dijo: “¿Qué hay de usted?”, y le respondí: “Yo estoy aquí trabajando, tengo una situación buena, me casé, tengo apartamento, tengo carro, tengo oficina..., pero yo no quiero volver más a las juventudes ni al Partido, más bien quiero ir con la guerrilla”. Me respondió: “Yo lo relaciono”. Y le di mi direc-

ción para que me buscara. Eso fue en 1968 o 1969. Un día cualquiera golpearon la puerta y abrí. Era Jaime Bateman Cayón en persona, a quien yo había conocido como joven comunista, porque él era miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas, cuando yo era miembro del regional de Girardot. Llegó el flaco de siempre, mamador de gallo, entró: "Oiga, pero esto está muy bueno", dijo. Empezamos a hablar y me echó el cuento en serio. Me dijo que él estaba manejando la logística en la ciudad a las guerrillas del sur. En ese momento estaban configurándose las FARC, pero todavía se llamaban Bloque Sur de Guerrillas en Colombia o del sur de Colombia, y me dijo que yo tenía condiciones privilegiadas para que trabajara con ellos, porque estaba en un nivel de clase media, que había alcanzado una situación especial, que tenía carro, y eso era muy importante. Yo le dije que mi mujer no tenía idea de nada, ella había aprendido a tener una ideología cercana a la izquierda, viviendo conmigo, y que estaba de acuerdo con mis actividades y que no había problema, que contáramos con ella. El Flaco me dijo: "Lo único es que tiene que salirse de este apartamento, porque ésta es la vía que los comunistas usan para ir a la sede de ellos, que queda aquí abajo, a dos cuadras, y por aquí pasan, por aquí se lo encuentran y yo no quiero que tenga contacto ni nada que ver con la Juventud ni el Partido Comunista". Le dije: "Pero Jaime, yo acabé de terminar bachillerato, me metí a estudiar derecho en la Universidad Libre de Colombia...", y me dijo: "Pues allá le van a caer los amigos de la Juventud Comunista, porque lo conocen y conocen sus capacidades, y usted tiene que decir que se volvió burgués, que no le interesa eso, que usted está es en el cuento de conseguir plata, de hacerse doctor y conseguir plata. No queremos absolutamente ninguna relación con ellos, porque esto es clandestino dentro de los clan-

destinos, sino, muy pronto, nos desbaratan. Usted tiene que adoptar esa posición". Y así fue. Entonces, busqué un apartamento, me fui de ahí. En la universidad, Carlos Romero, Miller Chacón y otros miembros de la JUCO se acercaron a decirme: "Compañero, necesitamos de usted", y les dije: "Yo no estoy pensando en nada, yo estoy en otro cuento", y me dejaron tranquilo. Jaime me entregó la responsabilidad de reproducir el periódico *Resistencia*. Y del periódico, la parte que yo hacía, era la parte que iba dirigida a los militares, a los congresistas y a las personalidades. El periódico no se entregaba mano a mano, sino que se enviaba vía correo. Recibía los estenciles picados, tenía un mimeógrafo, ordenaba las hojas, lo empaquetaba en sobres, compraba las estampillas y se las ponía al correo. Todo esto con guantes, porque era perseguido.

Nunca me acomodé a decir "Bateman", siempre lo conocí como "Beitman", porque viví unos años después en Santa Marta y allí era "Beitman". A Jaime lo conocí en Girardot cuando él hacía visitas como miembro de la Juventud Comunista a la regional de Girardot, y la impresión que yo tenía de él era la de un burócrata de las Juventudes Comunistas. Preguntaba mucho por él: tenía un encanto especial, pero me decían siempre que estaba en el exterior, hasta que alguien me dijo que él tenía un problema en una pierna y que en la Unión Soviética le estaban haciendo tratamientos, que venía pero debía volver a que le arreglaran su problema de pierna. Como yo no sabía eso, pensaba que... Bueno, eso explicaba un poco porqué se la pasaba en el exterior. Pero él volvía y siempre que volvía nos parecía un hombre muy simpático, un compañero muy especial, y además, tenía muy claras las cosas a profundidad. Fue Jaime quien empezó a mandarme a Girardot el periódico *Resistencia* para que yo lo distribuyera. Esa fue tal vez mi primera tarea de algo

que realmente era clandestino, con persecución policial. Yo lo hacía con frescura, con tranquilidad. Recibía el paquete, eran estenciles, iba y lo reproducía en un mimeógrafo de madera que yo mismo hice. Era una especie de marco con un cedazo debajo, le pegábamos el estencil, le echábamos la tinta y lo corríamos con una plumilla plástica, y eso iba saliendo. Acomodaba los periódicos y yo mismo los distribuía. Me acuerdo que los distribuía sin que el Partido y la Juventud Comunista se dieran cuenta. Yo hacía el trabajo clandestino dentro de los clandestinos. Eso me valió para que no me cogieran.

Entonces como yo era vendedor de ropas para hombre, hice clientes amigos a los detectives del SIC –Servicio de Inteligencia Colombiano–, que posteriormente tomó el nombre de hoy, Departamento Administrativo de Seguridad DAS. Me sentaba con ellos, tomaba tinto y me decían: “Oiga, pero usted es comunista, lo tenemos fichado”, y les respondía: “Claro, yo soy comunista”, y les ponía eso como muy folklórico. Pero un día llegó uno de ellos a decirme: “Yo necesito de usted una cosa, porque me tiene preocupado”. Le dije: “¿Qué es?”, y él me dijo: “Llegó una información que usted es desertor del Ejército”. Yo contesté: “Cómo se le ocurre, si yo pagué mi libreta, me costó 120 pesos”, y se la mostré. “Entonces hagamos una cosa: venga le tomó los datos para aclarar eso”, me dijo. Cuando terminó de preguntarme los datos, me di cuenta de que me habían hecho una ficha de clandestino. Fue mi primer encuentro con la autoridad. Me “inteligenció”. Supo quién era yo, cómo se llamaban mis hermanos, donde vivía, donde tenía la familia..., todo, todo. No caí en la cuenta sino hasta el final, y cuando fui a contárselo a Luis Morón Trujillo, que era el jefe comunista de Girardot, me dijo: “Te inteligenciaron, papá, ya tienes una ficha allá”. Un día cualquiera hablé con un compañero y

me dijo que se había encontrado con Jaime Bateman y con Carlos Ruiz (Arturo Álape) en Ibagué, y que estaban de guerrilleros en las FARC. Entonces ese día cambió mi concepto sobre Jaime Bateman. Jaime no era ningún burócrata, era un revolucionario capaz de ir a la guerrilla, y en ese tiempo ir a la guerrilla era lo máximo para nosotros, era la entrega, era el compañero que merecía todos los honores, porque estaba jugándose la vida en pro del pueblo colombiano. Ese día cambió para mí el concepto que tenía sobre Jaime y empecé a admirarlo. Por supuesto, años después, cuando llegó a golpear en la puerta de mi apartamento, en Bogotá, lo recibí con toda confianza y me le puse a sus órdenes sin reservas. Ya sabía a qué venía, porque conocía de sus actividades clandestinas.

Me sorprendió mucho las variadas facetas de la vida de Jaime, especialmente me sorprendió un día que llegué al apartamento y lo encontré tendido en el piso con José, mi hijo mayor que tenía año y medio o dos años. Jaime había construido unos juguetes, carros y maquinaria, con unos cubitos de armatodo que yo le había comprado al niño. Pensé que eso era un trabajo de horas. Me dijo él que estaba hacía cuatro horas. Le pregunté por qué vino sin avisar y por qué no llamó por teléfono, para haberlo atendido. Y me respondió: “porque estaba jugando muy rico acá con el niño”. Este hombre sí era muy especial: ¡un hombre de la guerra que tenía tiempo para dedicar tres o cuatro horas a un niño y construirle juguetes!

Desde un principio, Jaime me dio mucha confianza, me hizo conocedor de la situación que se estaba viviendo, me puso tareas muy delicadas. Jaime fue fundador de una organización que nació un día y murió el mismo día –ya no recuerdo cómo se llamó, pero fue algo así como Frente Unido Armado de las Guerrillas– y que le dio por poner bombas. Un día 8 de octubre, día

del guerrillero heroico, de 1971, programó un poco de bombas en Bogotá, y Lucho Otero, quien las confeccionaba, me contó después que fabricó más de 100. Solamente estallaron el 20%, pero esa noche explotaron bombas por toda Bogotá, y nadie sabía por qué. Pero a mí me tocaba sacar un comunicado y ponerlo de la misma manera que ponía *Resistencia*, en el correo, explicando la cosa. Pero resulta que el ELN cometió un atentado contra el general Álvaro Valencia Tovar en la carrera 15 con la calle 100 de Bogotá, si no me equivoco, en una glorieta. Le pegó unos tiros y casi lo mata. La noticia no fueron las bombas, sino el atentado contra el general Valencia Tovar. Para realizar la tarea de enviar el comunicado, Bogotá estaba totalmente militarizada y yo vivía en el centro de la ciudad, los retenes eran cada 100 metros. Me acuerdo que empezamos a utilizar formas muy ingeniosas para poder lograr el cumplimiento de las tareas: mi señora se llenó de perfumes, se pintó, se puso peluca y cuando llegó el policía a esculcarnos, le dijo: "¿Qué?, ¿vamos a tomar?", y le pasó una botella de licor como si estuviéramos bebiendo, y el tipo le dijo que no, que más bien siguiéramos, que era una vieja borracha.

Ángel de la Guarda en Boquerón

Recién diplomado de bachiller, mi mamá logró que un amigo, funcionario del departamento del Tolima, me ayudara a conseguir un trabajo. Obtuve el cargo de “agente de rentas departamentales”. Tal labor estaba investida de la capacidad de persecución a los contrabandistas de licor adulterado o de licores de otros departamentos, sin convenios con el nuestro, o de importación ilegal como el whisky. Hacíamos requisas en las carreteras donde se encontraban retenes fijos. A mí me asignaron uno situado en Boquerón, límite con Cundinamarca y en la carretera que en el Tolima conduce a Melgar.

Un día se estaba bañando un grupo de personas en el río Sumapaz, muy cercano al lugar de mi trabajo, una especie de paseo familiar. En un momento determinado se oyeron los gritos pidiendo socorro para alguien que se ahogaba. Corrí inmediatamente y, en efecto, una niña hacía ademanes de estar ahogándose. Me quité los zapatos y vestido como estaba me lancé, seguro de mis capacidades natatorias. Tomé a la niña por la cabeza para que respirara, pero estaba muy pesada y se me hundía de nuevo. Sacándola y volviendo a sacarla me di cuenta que debajo de ella estaba asido el papá que se tiró antes de que yo llegara, a salvarla. De manera que con gran esfuerzo logré arrimarlos a la orilla donde los demás parientes colaboraron y ambas personas quedaron a salvo. En medio de la angustia de los familiares y curiosos yo me retiré. Cambié de ropa en el retén y descansé un largo rato al cabo del cual fui a preguntar por los accidentados. Llegué a una casita orillera donde una señora, la abuela de la niña. Al indagarla sobre lo sucedido, me narró lo que yo conocía, pero ella no sabía quién era yo. Al final remató con esta conclusión: “Entonces, la niña y el papá se salvaron porque el Ángel de la Guarda apareció, los sacó del río, los salvó y luego desapareció”.



DE LAS FARC AL SURGIMIENTO DEL M-19

Si es el año 1971, ¿cómo se explica que en 1970 se diera el presunto nacimiento del M-19, si ustedes estaban en otro tipo de actividades?

Esa pregunta es muy aclaratoria, porque se dice que el M-19 nació el 19 de abril de 1970. Efectivamente, fue nuestro nacimiento, pero simbólico. De esa fecha tomamos el nombre, tres años después. En esa fecha yo estaba viviendo en Bogotá, siendo militante de las FARC. Yo era del grupo urbano de las FARC, y me tocó ver la gente desorganizada en hordas tumbando vitrinas, rompiendo, saqueando. Me tocó ver que el General Rojas Pinilla llamó a que la gente se apaciguara, y al presidente Carlos Lleras ordenar toque de queda a las ocho de la noche; a esa hora todos teníamos que estar en los hogares. De esa manera Bogotá quedó absolutamente limpia, solamente se veían carros militares, ya que desde mi apartamento se apreciaba perfectamente la avenida Caracas.

Yo creo que uno de los problemas de la izquierda es el sectarismo. Por lo menos en esa época, éramos, sin duda, grupos muy honestos, dedicados a la militancia con mucho fervor, pero igualmente éramos aislados. No conocíamos el país, no conocíamos la política. Nosotros conocíamos la ideología, conocíamos el discurso marxista leninista, pero no conocíamos el país ni conocíamos la política, de pronto sabíamos de guerra, pero no sabíamos de política. No entendimos qué era lo que pasaba con el fenómeno Anapo. El grupo que dirigía Jaime Bateman Cayón no lo entendimos, por lo menos hasta ese momento. Algunos jóvenes destacados que habían sido miembros de las Juventudes Comunistas, como Carlos Pizarro León-gómez, participaban en actividades de la Anapo. Jóvenes como Ramiro Lucio, también estudiante de la Universidad Javeriana, participaba en las actividades de la Anapo porque como que olían que allí estaba la política, que allí estaban las masas, que estaba la gente, lo popular, y que lo popular era un elemento *sine qua non* no se podían realizar actividades que condujeran al poder. Entre 1971 y 1972 surgió un conflicto interno que vale la pena que lo miremos un poco despacio porque es, ni más ni menos, que la salida de las FARC y, por tanto, del Partido Comunista y del marxismo leninismo.

¿Qué creó la crisis de ustedes dentro del Partido Comunista y las FARC y, sobre todo, qué elementos del entorno, de las variables externas o internacionales, tienen efectos sobre ese cambio?

Para mí es claro que nosotros creíamos en la lucha armada como una vía para la toma del poder. Es claro para mí, y para nosotros, que Cuba representaba el norte, para allá teníamos que caminar. Pero era claro también que las actividades de la

guerrilla colombiana, de ese momento, no cumplía ese papel. Las guerrillas a las cuales nosotros les servíamos eran guerrillas campesinas, campesinistas, que efectivamente peleaban, resolvían y atendían problemas agrarios. Eran guerrillas que venían todas de la violencia de los años 50, una lucha agraria, por la defensa de la tierra, que estaba siendo concentrada en manos de los terratenientes y latifundistas de entonces, pero que se mostraba como una violencia partidista, entre guerrillas liberales y conservadoras. Algunas de ellas tuvieron la influencia del Partido Comunista y se mantuvieron aún después de los procesos de pacificación y de entrega de armas. Como organizaciones dejaron de responder a las directrices de los jefes liberales y conservadores en ese momento. Estas guerrillas se situaron en Marquetalia, en El Pato, en Guayabero –territorios de Tolima, Huila, Caquetá y Cauca–, un poco en Viotá, Sumapaz (Cundinamarca), con el nombre de Autodefensas Campesinas. El senador Álvaro Gómez Hurtado hizo un gran debate en el Senado de la República, para decir que eran “repúblicas independientes” y que debían que ser tomadas por el Ejército, pues no podía haber sectores de la Patria donde el Ejército no pudiera estar. Se inició la toma de Marquetalia, Río Chiquito, y demás. Dejó una consecuencia lógica, y es que esas autodefensas de masas, así se llamaban, eran campesinas y se convirtieron en guerrillas, dejaron de ser autodefensas y se volvieron activas, se convirtieron en guerrillas, porque el Ejército las sacó de los sitios. No tuvieron una fuerza para resistir y quedarse. El Ejército y el Gobierno proclamaron con toda la pompa necesaria, que habían sido recuperados los territorios, pero no se dieron cuenta que le estaban dando germen a una forma de lucha ya distinta: las guerrillas.

Esas guerrillas se reunieron en algún momento, en una fecha que no preciso, en lo que se llamó la Segunda Conferencia de las Guerrillas del Sur de Colombia. Creo que fue en Río Chiquito o en un sector cercano a él. Allí Manuel Marulanda Vélez planteó una tesis que cambiaría la suerte del país: dijo que lo que ellos hacían era una guerrilla sectorial, pero que el problema no era sólo de los terratenientes contra los campesinos, sino de dependencia y la sobreexplotación de los burgueses contra las clases trabajadoras, contra los obreros, de opresión generalizada de parte del sistema con apoyo de los gobiernos de turno contra el pueblo, y de dependencia de la Nación con respecto a Estados Unidos, al imperialismo yanqui, en aquella época. Por tanto, la lucha guerrillera tenía que transformarse de lucha campesina en lucha por la liberación nacional, en lucha por el poder.

En aquella época ni siquiera me di cuenta de la existencia de la reunión, pero en 1971 empezamos a rodar por las universidades, por los sindicatos, a hacer conocer a la gente más cercana ese documento, la voz de Manuel Marulanda Vélez diciendo que la lucha era una lucha que no podía tener circunscripción territorial, es decir, que no solamente era campesina, sino que tenía que ser nacional, y por tanto, hacerse también en las ciudades, hacer lucha armada en las capitales, lucha de liberación nacional, que implicaba necesariamente, hacer lucha armada en las ciudades. Colombia hasta ese momento no conocía la lucha armada en las ciudades, por lo menos no organizada, no a la altura de grupos armados. Nosotros empezamos a regar eso, y efectivamente empezamos a andar en esa dirección. Entonces dijimos: "si nosotros lo que hacemos es conseguirle botas a la guerrilla, uniformes, medicinas, subir de pronto un médico o un odontólogo, nosotros no estamos haciendo

lo que tenemos que hacer para que la guerra sea una guerra de liberación. Nosotros debemos armarnos, pelear, luchar como grupo armado; para ello necesitamos armas y dinero. Buscamos las personas que sabíamos tenían colección de armas, y empezamos a caerles a esos coleccionistas, y les quitábamos las armas. Algunas de ellas nos servían, había armas buenas. Empezamos a conseguir plata y a hacer expropiaciones. Sabíamos de alguien que tenía un dinero en su casa y le caíamos, y se lo quitábamos, o por lo menos íbamos a quitársela. Porque recuerdo tal vez la primera operación como grupo de expropiación, fuimos donde un señor que sabíamos se iba en esa semana al exterior, tenía dizque 25.000 dólares, y dijimos: "Vamos por esa plata". Y al señor nunca le encontramos la plata, pero sí lo encontramos en el apartamento con una muchacha. Estando nosotros en eso, buscando la plata, tocaron la puerta: era la esposa del señor y armó semejante tropel. En medio de esta situación, los amarramos y amordazamos para irnos con el rabo entre las piernas.

La verdad es que teníamos una estructura de una cincuenta de hombres y a casi todos nos mantenían las mujeres, las mujeres nuestras trabajaban para mantenernos, mientras le dedicábamos todo el tiempo al trabajo político-militar. Algunos de ellos, como yo por ejemplo, trabajaban. Trabajé hasta 1972 y estudiaba, además. Yo tenía una vida normal de una persona que trabajaba y estudiaba. Mi mujer trabajaba también. Nosotros no teníamos una estructura capaz de financiar la actividad de ninguno de nosotros. Quizás Jaime Bateman e Iván Marino Ospina, los dos que el Partido había colocado a hacer esas tareas con las FARC, podrían en ese momento tener alguna subvención económica por parte del Partido. Nosotros empezamos a hacer estas expropiaciones, y en esas expropia-

ciones nos hacíamos a dinero. A veces cuando tocaba viajar me decían que fuéramos, pero ya me auxiliaban para la gasolina, el viaje, la comida. El primer carro que tuvimos al servicio de nosotros fue un carro viejo mío, modelo 50, marca Mercury, en el que yo andaba, y le decíamos el "batimóvil", con él hacíamos operaciones militares y no le cambiábamos ni la placa. No sé cómo no nos cogieron.

Por la época se dio un hecho muy significativo. Llegó el año 1972 y el Partido terminó dándose cuenta de lo que hacíamos. Para el Partido se le volvió un problema número uno: cómo podemos ser un partido legal con un grupo armado en las ciudades. Para ellos era incongruente, y efectivamente lo era. La situación los avocaba a la clandestinidad o a la suspensión de nuestras actividades, y optaron por lo segundo. Entonces nos dijeron que quedábamos por fuera del Partido, de las FARC, y por fuera de toda actividad. Los dirigentes no tenían información de gente como yo, ellos me conocían porque había sido de las Juventudes Comunistas en Girardot, pero no tenían ni idea de que estaba en el grupo que dirigía Jaime Bateman. Pero a Jaime sí lo tenían ubicado y a Iván Marino Ospina, y quizás a Lucho Otero. No tenían más de dos o tres personas ubicadas de las cuales conocieran sus actividades, pero les dijeron que quedaban degradados, pasaban a ser militantes normales.

Me adelanté un poco porque hay un hecho muy significativo: el 20 de julio de 1972 cumplían años de fundadas las Juventudes Comunistas y en el sitio Arenas de Bogotá, en Paloquemao, donde se hacían espectáculos inclusive de toros, el Partido organizó un acto de celebración de los veinte años de las Juventudes Comunistas, y convocó allí a la militancia. Gilberto Vieira, Secretario General del Partido Comunista, dijo en aquella ocasión, en su discurso, que el Partido Comunista, los comunistas

colombianos, podían andar con la frente en alto, tranquilamente por toda la República, porque no participaban en actividades delictivas, porque no atracaban ni secuestraban..., y nosotros ya teníamos el primer secuestrado. Entendimos que nos dieron dedo, que nos señalaron y nos mandaron para la mierda. Luego vino el proceso de negociación, éste que acabo de contar, en donde a los que conocían les quitaron todo el mando y les pidieron que entregaran todo. Nosotros que ya teníamos algún acumulado en dinero y en armas entregamos lo que era de ellos. Jaime me dijo: "Hay que entregar absolutamente todo". Y entregamos absolutamente todo: los mimeógrafos, la tinta, el papel. Entregamos las cuentas de la plata, sanseacabó y adiós. Por eso nos despacharon a nosotros de allí.

Esto coincidió con un hecho curioso, infortunado para mí. Yo trabajaba con Jaime, con Humberto Criales de la Rosa, era su secretario jurídico. Tenía siete abogados al servicio y yo era el secretario de los siete. Posteriormente llegué a ser el octavo "abogado". Eso me dio a mí mucho conocimiento de la situación de los juzgados, sobre todo de los juzgados civiles en Bogotá. Me relacionaba mucho con jueces y con secretarios, con el personal del poder judicial. Un día cualquiera, un secretario de un juzgado superior me dijo: "Yamel, mire lo que tengo aquí". Un mamotreto de expedientes como de un metro de altura. Le pregunto: "¿Y eso qué es?". Y me dice: "El Consejo de Guerra del ELN". Le pregunto: "¿Y eso para qué sirve?". Me responde: "Para lo que usted quiera". Yo me encontraba de vez en cuando con un joven que había sido miembro de las Juventudes Comunistas en Girardot y sabía que andaba por el lado del ELN, porque me convidaba a militar con ellos, y le conté: "Hay esto, si les interesa, avísenme". Al poquito tiempo el tipo se me apareció y me dijo: "nos interesa una copia", pero en ese tiempo no

existían fotocopadoras. Necesariamente había que fotografiar. Me fui y le dije al secretario del juzgado: “¿Me los puedo llevar?”. Y me respondió: “Se los lleva por la tarde, pero al día siguiente tienen que estar acá, porque en cualquier momento a mí me los pide el juez”. Un cineasta desde esa época, y lo sigue siendo, que yo conocía, Carlos Álvarez, profesor de fotografía de la Universidad Nacional, reunía las condiciones para hacer el trabajo. Hasta hacía poco estudiaba con la mujer de él, validando el bachillerato de los años que me faltaba, y por las charlas que sosteníamos, sospechaba que ella andaba por los lados del ELN. Un día le dije que tenía ese material y que el único que podía tomar ese montón de fotos era su marido. Me dijo que me averiguaba, vino y me dijo: “Listo”. Una noche, hasta que amaneció, le tomamos fotos al expediente, volvimos y amarramos el paquete, se lo llevé al señor y listo.

¿Qué pasó con eso? Por fortuna yo le dije a Jaime Bateman qué estaba haciendo y que si podía seguir. Dijo que sí, que lo hiciera. Resulta que mientras todo eso se daba, Carlos Álvarez, que era miembro del ELN, le escribió a su jefe Fabio Vázquez Castaño. Le dijo que había cumplido esa tarea gracias a los buenos oficios del amigo José Yamel Riaño. Fabio Vázquez tomó la carta, la metió en su morral y en una carrera que le pegó el Ejército por Simití, dejó el morral, dejó la carta y un día cualquiera llegaron a casa de Carlos Álvarez por él. Yo venía un día cualquiera de julio de 1972 de Pasca, de hacer una entrevista a una gente de las FARC, entre ellos a Luis Morantes, alias Jacobo Arenas, y ese día estaban allí su mujer y otro compañero. Subimos unas drogas, unas botas, nos fuimos en mi carro y llegamos allá. Estuvimos hablando con ellos y comentando la situación en el Partido, cómo estaba de caliente lo de nosotros. Nos contaron que nos iban a echar, que no podían responder por

nosotros, porque estarían en contra de la línea del Partido, que resolviéramos como pudiéramos. Que el regional del Valle del Cauca estaba presionando, y ésa era la derecha del Partido Comunista en Colombia. Al bajar compré el periódico *El Espacio* y en la primera página se leía en el titular: “Cae Carlos Álvarez”. Le conté a Jaime, fuimos, sacamos las cosas y nos escondimos. Como ya “ejercía” el derecho, un amigo al que yo le hacía su trabajo jurídico me pidió que le rescatara una cosecha de arroz de 100 hectáreas, que tenía enredada con los socios dueños de la tierra, por allá en la Costa, que él necesitaba un abogado: creía que yo era abogado. Lo llamé y le dije: “listo”, que le hacía la vuelta. Cuadramos para que yo estuviera al frente del cultivo ubicado cerca de La Palma, municipio de Aguachica, en el departamento del Cesar. Él tenía una empresa de aviones de fumigación y había hecho un negocio con unos campesinos, darles la plata para que ellos en su tierra cultivaran las cien hectáreas de arroz. El cultivo se efectuó y estaba muy bonito, pero ellos no dejaban cortar el arroz porque tenían diferencias entre socios. Yo sabía que eso era un problema jurídico, pero tenía que jugármela y resolverlo amigablemente, porque yo no era abogado. Me fui y llegué rápidamente a un acuerdo amigable, hicimos cuentas de las inversiones de las partes, las valoramos y acordamos la distribución del producto de acuerdo con la proporción de la inversión acordada. Estas bases de acuerdo permitían cosechar y liquidar el negocio. Sin embargo, sucedió lo esperado, al segundo día de haber llegado, quise comunicarme con la casa, me tocaba hacerlo desde un radio, el radio de la pista, y ese radio comunicaba con un teléfono en Bucaramanga, y de ese teléfono de Bucaramanga hacían llamadas de larga distancia con cargo a ese suscriptor y yo podía hablar con mi casa. El día anterior, salí de mi casa a la

una y media de la tarde para coger un avión que me llevara a Bucaramanga. Salí, y el Ejército llegó a allanarme. Mi mujer trabajaba en el DANE. La llamaron y le dijeron que tenía que venirse. Yo algo había hablado en la oficina, sin revelar nada porque cubría muy bien mi militancia. Sin decirles mayor cosa, les dije a mis compañeros que mi mujer necesitaba algún auxilio jurídico, porque había problemas. “Venga y nos aclara”, me decían, y yo: “No, no hay mucho que aclarar, ustedes confíen en mí y punto”. Los abogados compañeros de oficina, entre ellos el doctor Portela, quien fue secretario general y decano de derecho de la Universidad Nacional. Viajé dejando claras instrucciones a mi mujer de buscar apoyo con mis compañeros de oficina en caso de cualquier problema. Mi compañera, que hacía parte del grupo, que participaba en el cumplimiento de tareas como cualquier militante, no se mostraba y no tenía antecedentes delictivos ni políticos, tenía que aparecer como inocente y desconocedora de cualquier otra actividad distinta del trabajo de su esposo. Efectivamente, la empleada que teníamos en casa la llamó por teléfono para informarla del allanamiento, donde nada encontraron distinto de libros. Y ella que trabajaba en el DANE, se dirigió primero a la oficina de los abogados donde recibió instrucciones de comportamiento jurídico, y luego a casa donde se encontraban nuestros dos hijos. Cogieron a mi mujer y la secuestraron: “de aquí no nos vamos, él viene, aquí lo esperamos”, y se tomaron el apartamento, se pusieron a dormir y a comer en la casa. Estos amigos abogados empezaron a llamar diciendo que eran de la prensa para obligar a los agentes del B-2 del Ejército a salir de casa. Hubo un miembro de la Cámara de Representantes, del Tolima, militante del Partido Comunista. Hizo el escándalo ante el Comité de Derechos Humanos, por una persona secuestrada en el barrio San

Antonio, al sur de Bogotá, y empezaron a mover las cosas para que finalmente saliera el Ejército, aunque por mucho tiempo dejaron vigilancia en la cuadra.

Una anécdota muy valerosa de parte de mi compañera y esposa es la siguiente: a ella le preguntaron que si yo solía llamar por teléfono. Dijo sí, que por supuesto yo llamaba a preguntar por los hijos y por ella. Le dijeron: “Entonces vamos a decirle que nosotros lo necesitamos aquí para que se venga rápido”. Y ella: “tienen que decirle que estoy enferma o que uno de los niños está enfermo, y entonces él se viene volando. Pero para él no tiene explicación que ustedes contesten el teléfono, tendrían que aclararle la presencia de ustedes o no va a venir. Tengo que hacerlo yo y le digo que se venga, que tengo un niño enfermo; todo a condición que no me lo vayan a maltratar, él es una persona inocente y todo se va a aclarar”. Cuando entró la llamada me dijo: “Piérdase porque esto lo allanaron”. La cogieron a golpes delante de los niños, todavía el mayor se acuerda, tenía cuatro años. Posteriormente los oyó comentar el lío en que se encontraban por haberla dejado contestar, y ella les dijo que confesaba que los engañó; propuso otra salida, que se dijera que nadie había llamado, lo cual fue aceptado, y solución perfecta. En ese proceso, como a los tres meses, recibí una llamada en la que me decían que me necesitaban en Bogotá. Aparecí en Bogotá, lógicamente no pude ir a mi casa, pero aparecieron los contactos: las compañeras de Álvaro Fayad y Jaime Bateman me recibieron en el Parque Nacional: la vida para mí había cambiado 180°. Se me acabó la vida legal e inicié la vida clandestina. Eso fue a finales de 1972. Me acuerdo mucho: creía que todos los policías me conocían, que me iban a echar mano, que por donde anduviera todo el mundo me iba a conocer... Era una locura. No había experimentado

realmente la vida clandestina. Me bautizaron con eso y me propusieron irme a una finca que me tenían lista o que me fuera para Cali. Yo les dije que no me metieran a ninguna parte a encerrarme. "Quiero ir a trabajar en la política y en la organización, pero a trabajar, que no me toque estar quieto en ninguna parte".

Se tomó entonces la decisión de enviarme a Cali. Allá me encontré con otro hecho curioso: los jóvenes de las Juventudes Comunistas y otros miembros habían sido expulsados por estar con nosotros. Los jóvenes hablaban de la Anapo, de sus militantes y de una dirigente muy famosa, Cecilia Muñoz, la Pelusa, quien ya murió. Con ella tenían un trabajo político, a su alrededor, actividad con dirigentes Anapistas de algunos barrios, pero de ahí no pasaba. Llegué y por mis capacidades, por el hecho de haber sido llevado por Jaime Bateman, por el traslado de algunos de los mejores compañeros de Cali para Bogotá, debido a orden expresa de Jaime Bateman, me hicieron responsable del regional y responsable del grupo. La tarea principal era armarnos y pertrecharnos para la guerra. Hacíamos trabajo político militar, pero separado, grupos de estudios y grupos de acción política, un selecto grupo de operaciones militares dedicado principalmente a las recuperaciones y propaganda armada. Entre las personas que me acuerdo estaban Rosenberg Pabón y después Arjaid Artunduaga. Un día cualquiera me dijeron que tenía que ir a Bogotá a un "pleno", a una reunión plenaria porque nos íbamos a convertir en grupos armados anapistas, eso fue lo primero que me dijeron.

¿Estaba de responsable regional de las FARC?

No, ya estábamos expulsados de las FARC.

ANTECEDENTES Y FUNDACIÓN DEL M-19

¿Qué nombre tenía el grupo, entonces?

Nosotros estábamos en una búsqueda. Cuando llegué del destierro, cuando inicié la vida clandestina, Jaime Bateman me recibió, me contó todo el cuento del Partido, y me dijo: "Yo soy un comunista, por tanto, soy un dirigente. Como soy dirigente no voy a acatar la orden de ir a la base. Creo que tenemos razón, que en Colombia se necesita la lucha armada de liberación nacional, necesitamos introducir la lucha armada en la ciudad, en el campo están el ELN y las FARC. Nosotros no tenemos el espacio aquí; el espacio que no está cubierto son las ciudades, por tanto pienso que hay que trabajar en esa dirección. ¿Quiénes somos? No sé. Sigamos en una búsqueda. Pienso que podemos ser como un grupo que sirva no solamente a las FARC, sino al ELN y a los grupos armados en general". No había claridad en ese momento para dónde íbamos, pero empezamos a tener "ideas raras", para decirlo de alguna manera. Dentro del Marxismo Leninismo eso se sentía raro. Empezamos a decir: ni la Unión Soviética ni los chinos, ésa no era la pelea. La pelea no

podía ser entre socialistas, y los unos y los otros eran socialistas; por tanto, nosotros no tomábamos partido por ninguno de los dos, no nos íbamos a matricular. Cuba era como el norte, pero teníamos que buscar en nuestras propias raíces la lucha de la liberación nacional. De ahí lo de Bolívar y Nariño... Toda esta ideología nacionalista empezó a calarnos, a hacer carrera entre nosotros, era leer distinto: Marta Harnecker, Nikitin y otros pasaron al olvido, y aparecieron libros como *Cien años de soledad*. Recuerdo que un compañero se sorprendió mucho cuando al entrar al M-19 y pedir la literatura, le entregaron ese libro. Esos hechos empezaron a diferenciarnos definitivamente y a atraernos sectores de la izquierda que no eran del Partido, que habían sido del FUAR, del MOEC, de las juventudes católicas, que venían de distintos sectores, inclusive de los partidos tradicionales, del MRI, por ejemplo, a unírse nos y a decirnos que hiciéramos alguna cosa. Un desarrollo muy rápido. Entre la gente que se acercó estuvieron los dirigentes de la Anapo, especialmente los de Antioquia. Se empezó a tener contacto con gente como Andrés Almarales, que era Representante a la Cámara, y otros dirigentes como Israel Santamaría, una situación que no entendíamos bien, pero nos indicaba que por ahí estaba la ruta, que era el sitio que estábamos buscando. A la tesis expuesta por Jaime Bateman, por ejemplo, fui uno de los que respondí: "A mí, que me respeten, yo soy un revolucionario, no soy populista". Entonces Jaime me la ponía más o menos de esta manera: "Nosotros somos muy puros y nosotros somos muy berracos. Hemos hecho cosas y hasta ahora nos ha ido bien y podemos seguir siendo así. El mejor retrato que tenemos para nosotros mismos son los Tupamaros, que tienen diez años de lucha y vea donde están: no tienen un movimiento político. Podríamos contar con 1'600.000 colombianos que

ÍNDICE GENERAL

Un testimonio ponderado.....	11
Familia, niñez y juventud. Primeros contactos revolucionarios.....	15
Ángel de la Guarda en Boquerón	29
De las FARC al surgimiento del M-19	31
Antecedentes y fundación del M-19	43
Asalto a la quinta de Bolívar: "se alzaron con la espada del Libertador"	53
"Todo bien"	61
La Alianza Nacional Popular (ANAPO) y el M-19	63
El compañero Parlamentario	69
Conflicto en la ANAPO por el M-19, sindicalismo y lucha armada	71
El pastorcito mentiroso.....	79



El ITM reúne en este libro el testimonio vivo de uno de los fundadores del “eme”, José Yamel Riaño, dirigente activo y parte de la entraña cupular del Movimiento, conmilición y amigo de Jaime Bateman, responsable de las tareas financieras y suministro de armas para la organización. La entrevista realizada en largas jornadas por el investigador Jaime Jaramillo Panesso, permitirá a los lectores obtener conocimiento del proyecto político y guerrillero del M-19, sus diferentes etapas, sus relaciones con otras fuerzas, sus errores y sacrificios, sus metas de violencia revolucionaria, el decantamiento de las tesis que condujeron a sus líderes a firmar

un acuerdo de paz con el gobierno colombiano y a participar en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

Con este volumen, el ITM configura una trilogía de la mayor utilidad política, militar, sociológica e histórica, al entregar, en un período de tres años, los testimonios privilegiados de Felipe Torres, quien describió y evaluó al Ejército de Liberación Nacional – ELN, en el libro *FELIPE TORRES / La palabra sin rejas* (2004); de Mario Agudelo, con la historia y la política revolucionaria del Ejército Popular de Liberación – EPL *Qué pasa en Cuba que Fidel no se afeita / De las armas a la esperanza*, (2005) y la presente publicación, en la voz de José Yamel Riaño y su vivencia en el *M-19: La espada de Bolívar*.



Alcaldía de Medellín

ISBN 958-97823-0-2



9 789589 782309